

Muchos miembros pusieron mano á sus espadas, y rechazaron por un momento el ataque. No se veía menos amenazada la cámara alta; algunos aprendices habian escalado las ventanas y echaban piedras, dispuestos á adelantarse mas si no se les escuchaba. Resistíase todavía; al fin fue derribada la puerta de la cámara baja; entraron los más furiosos en número de cuarenta ó cincuenta, y con el sombrero calado y con gestos amenazadores gritaban: «Votad! votad!» Las cámaras cedieron: se renovó la declaracion de la ante-vispera, y se restituyó el mando de la milicia á la junta presbiteriana. El desórden llegó á su colmo; ya se levantaban los miembros para salir; el presidente habia dejado su puesto, pero un grupo de furiosos le volvió á él: «¿Qué quereis pues?» les preguntó: «Que vuelva el rey.» Se puso á votacion y se adoptó. Solo Ludlow la rechazó con un *no* en alta voz pronunciado.

A estas noticias estalló en el ejército una viva fermentacion, sobre todo entre los agentes y soldados: todos acusaban al rey de complicidad y de perfidia. Lord Lauderdale, venido de Lóndres para hablar con él de parte de los comisionados escoceses, escitó tal desconfianza, que los soldados entraron muy de mañana en su aposento, y le obligaron á volverse sin ver al rey. Ashburnham, llegado hacia tres dias, daba mas pábulo á las sospechas con su desdeñosa insolencia, pues se negaba á toda relacion con los agentes: «Siempre me he tratado con gente de pro, decia á Berkley; nada tengo de comun con esos ganapanes: oficiales solamente necesitamos, pues por su medio será nuestro todo el ejército;» y casi solo se dignaba hablar con generales. Pero aun entre los oficiales que se habian acercado al rey se empezaban á alejar algunos: «Señor, le dijo Ireton, pretendeis constituíros árbitro entre el parlamento y nosotros, cuando somos nosotros quien queremos ser árbitros entre vos y el parlamento.»

Agitados sin embargo con las noticias de Lóndres resolvieron presentarle oficialmente sus proposiciones, estando presentes Ashburnham y Berkley. Carlos se mostró arrogante, sonriéndose á la lectura, y desechándolo todo con ceguedad, como si aun se mantuviese en el poder y le pluguiese dar muestra de disgusto. Ireton dijo que el ejército no cedería un punto mas; pero le interrumpió bruscamente el monarca diciendo: «No podeis nada sin mí, ni sin mi apoyo.» Atónitos los oficiales miraban á Ashburnham y Berkley, como pidiéndoles cuenta de esas palabras; en vano procuraba el segundo avisar al rey de su imprudencia por medio de penetrantes miradas. Acercósele al fin y le dijo al oido:

«V. M. habla como si tuviese medios de resistencia desconocidos para mí; pero ya que se me han ocultado á mí, podria haberse hecho otro tanto con esos señores.» Carlos conoció que se habia propasado, y procuró suavizar su lenguaje; pero la mayor parte de los oficiales habian tomado ya su resolucion; Rainsborough, mas opuesto que nadie á toda composicion, habia salido sin ser visto para esparcir entre las tropas la voz de que no podian fiarse del rey; la conferencia terminó secamente, como entre individuos que no pueden avenirse ni engañarse.

No bien los oficiales habian regresado al cuartel general, cuando vieron llegar de Lóndres muchos coches, conduciendo con admiracion de la muchedumbre á mas de sesenta miembros de las dos cámaras con sus presidentes, que huían del furor del populacho, y venian á buscar seguridad y libertad en el ejército. La alegría fue igual á la sorpresa: pues se temia romper violentamente con el parlamento, y por el contrario debian defenderlo. Oficiales y soldados rodeaban á los fugitivos, se oían con indignacion las relaciones de sus peligros ó injurias recibidas; se les llenaba de homenajes, y se alababa al Señor por su patriótica resolucion. Solo para Cromwell y sus amigos era ficcion la sorpresa, pues hacia algunos dias que incitaban esta escision de la cámara por medio de Saint-John, Vane, Haslerig y Lodlow.

Berkley se apresuró á dar al rey tan triste noticia, conjurándole á que escribiese á los jefes del ejército dando esperanzas de que serian mas bien recibidas las proposiciones, desvaneciendo todo motivo de desconfianza, ó debilitando al menos el efecto de la última entrevista. Segun consejo, dijo, de Ireton y de Cromwell todavía se podria responder obrando de este modo de las disposiciones del ejército. Pero Carlos tenia tambien noticias de Lóndres; solo con su consentimiento habia estallado la asonada, y le escribían que al haber partido los miembros fugitivos, los restantes en suficiente número habian nombrado nuevos presidentes; que los once miembros fugitivos habian sido nuevamente admitidos; que las cámaras habian mandado al ejército que se detuviese, á la capital que se preparase para la defensa y á Massey, Brown, Waller y Poyntz que organizasen prontamente batallones.

El ardor, segun ellos decian, era extraordinario, se habian presentado millares de trabajadores á una sesion de la municipalidad, jurando no omitir cosa alguna por su causa, cualquiera que fuese el riesgo ó el enemigo. Solo los habitantes del arrabal de Southwark habian manifestado sentimientos contrarios; pero al tiempo que iban á Guildhall á pre-

sentar su petición, Poyntz seguido de algunos oficiales los había rechazado con tal vigor, que no tuvieron gana de seguir con su intento. Había podido agenciarse dinero, y se colocaron cañones en los baluartes. En fin se invitaba formalmente al rey á que volviese á Lóndres, y este voto general proclamado por las calles al son de trompetas no debía tardar muchas horas en comunicarse oficialmente al ejército: así lo opinaba el rey.

«Esperaré, dijo el rey á Berkley; siempre será tiempo de escribir esta carta.» Entre tanto llegó un mensajero del cuartel general: acababan de presentarse nuevos fugitivos de Westminster, y otros escribían que se retiraban á sus condados por no reconocer al supuesto parlamento. En Lóndres mismo el partido independiente, poco numeroso pero tenaz, no perdía tiempo ni energía, enervaba todas las medidas que no podía prevenir; solo se empleaba lentitud en hacer uso del dinero percibido; faltaban armas á los reclutas de Massey; algunos predicadores presbiterianos, comprados por el ejército, procuraban inspirar temores y hablaban de transacción, lo que ciertamente no disgustaba á muchos honrados miembros de ambas cámaras y de la municipalidad. Cromwell en fin participaba á Ashburnham que dentro de dos días estaría la capital en poder suyo.

Cárlos vacilaba todavía, pero reunió sus mas adietos, y al fin se redactó una carta y la firmó. Ashburnham y Berkley partieron para llevarla al cuartel general, y encontraron por el camino á un segundo mensajero con noticias mas alarmantes. La noticia de la sumisión de la capital llegó antes que ellos. Los miembros fugitivos acababan de pasar revista del ejército entre aclamaciones, y este marchaba sobre Lóndres, seguro de entrar sin obstáculo en su recinto. Ningun valor tenía ya para unos vencedores la carta y la alianza del rey.

A los dos días (6 de agosto) partió de Kensington para Westminster una brillante é imponente comitiva: tres regimientos formaban la vanguardia, y otro la retaguardia; entre ellos marchaba Fairfax con su estado mayor á caballo, los miembros fugitivos en coches, y un sin número de partidarios. Estaban alineados los soldados por el camino, con un ramo de laurel en el sombrero, y gritaban: «Viva el parlamento! el libre parlamento!» En Hyde-Park les salieron al encuentro el lord-corregidor y el alderman, para cumplimentar al general por la paz restablecida al fin entre el ejército y la capital: Fairfax les contestó apenas. Mas adelante se presentó la misma municipalidad en cuerpo sin haber recibido mejor acogida. Llegaron á Westminster; los jefes presbiterianos se ha-

bían fugado ó permanecían ocultos; Fairfax restableció en sus empleos á los amigos del ejército, escuchó con aire modesto sus pomposas gracias, oyó votar un mes de sueldo para sus tropas, y pasó á tomar posesión de la torre, de la que se le nombró gobernador.

Dos días despues, Skippon en el centro y Cromwell á retaguardia, el ejército entero, grave y silencioso atravesó toda la capital; no se cometió ningun exceso; ningun paisano recibió la menor afrenta. Se quería tranquilizar la ciudad é inspirar respeto al mismo tiempo. Así lo lograron: en vista de los soldados tan dóciles y amenazadores, los presbiterianos se encerraron en sus casas, los independientes tomaron posesión del poder en todas partes, y los cobardes rodearon á los vencedores. La municipalidad rogó á Fairfax y á sus oficiales que aceptasen un banquete público; aquel se negó, pero se hizo cincelar un aguamanil de oro para ofrecerse-lo. Aun mas: algunos aprendices vinieron á felicitarle, cosa que le plugo en extremo, por poder decir que el ejército tenía tambien partidarios entre esta juventud temible. Las cámaras por su parte, sobre todo los lores, daban muestras de su servil agradecimiento, y decretaron que era nulo de todo derecho sin necesidad de revocación cuanto se había practicado en ausencia de los miembros fugitivos. Grandes obstáculos encontró este decreto, pues muchos se habían quedado, y por tres veces lo desecharon. Al día siguiente pasó á Hyde-Park un destacamento de caballería; se colocaron retenes alrededor de la cámara; Cromwell é Ireton sostuvieron con amenazas la resolución de los lores, que al fin fue adoptada. El ejército triunfó completamente.

Con tan fácil ventaja, tomó vuelo atrevido el movimiento revolucionario hasta entonces contenido aun entre los independientes: esperanzas, pasiones, todo se desarrolló. Entre los diputados y los oficiales el republicanismó era patente: Vane, Ludlow, Haslerig, Martyn, Scott, Hutchinson y otros contestaban apenas si se les acusaba de atacar la monarquía, de la que hablaban con desprecio; solo se afianzaban en la soberanía del pueblo y en una asamblea única, y tachaban de traición toda idea de transacción con el rey. Entre los soldados y el pueblo todo eran aun murmullos, todo reformas inauditas; ninguna ley imponía respeto, nada podía servir de obstáculo; mas confiados cuanto mas ignorantes los partidarios no hablaban en sus peticiones y folletos sino de amenazas. Ante los magistrados, ponían en duda su derecho; en los templos, quitaban de los púlpitos á los presbiterianos y se ponían á perorar con fervor y con maestría.

No tenían un fin ni una doctrina conocida; aquellos campeones populares del republicanismo avanzaban con empuje terrible; aspiraban á cambiar la sociedad, las relaciones, las costumbres, los mútuos sentimientos de los ciudadanos: en este particular eran confusas sus miras. Bastábales á unos la destruccion de los privilegios de los lores ó de los jurisconsultos, y á otros algun piadoso ensueño, como la esperanza del próximo reinado del Señor. Algunos bajo el nombre de *racionalistas* reclamaban absoluta independencía para la mente de cada individuo; otros preconizaban la igualdad de bienes y de derechos, y fueron llamados *niveladores*. Pero no les convenia este nombre, que desecharon, ni otro ninguno, por cuanto no formaban ni una secta sistemática, ni una faccion consagrada ardientemente á un solo objeto. Entre paisanos y soldados, visionarios ó demagogos, un deseo vago de innovacion, de igualdad y de independencía constituía todo el fondo; ambiciosos sin codicia, enemigos de todo interés ó cobardía, eran el resorte general y el terror de todos los partidos, que sucesivamente debían servirse de ellos y engañarlos.

Solo Cromwell logró plenamente uno y otro designio: nadie como él obtuvo tanta intimidación y confianza. Todo en él les plugo; los arranques de su imaginación; su prurito de constituirse igual y compañero de los mas groseros, su lenguaje místico y familiar, y sus modales, ora triviales y exaltados que le daban visos de inspiración, ora sinceros, ora sutiles, hijos del genio, que parecía favorecer á una causa santa. De este modo habia encontrado entre ellos decididos partidarios, miembros del consejo de los agentes, dispuestos siempre á sublevar el ejército, bien fuese contra el rey ó contra el parlamento.

El mismo Lilburne, el mas indomable y menos crédulo de los hombres, que habia salido de su regimiento por inobediente, le era adicto: «Os considero, le escribía, como el corazón mas desinteresado y puro entre todos los hombres poderosos de Inglaterra;» y muchas veces su valor habia servido á Cromwell contra los presbiterianos. Pero cuando triunfó el partido, cuando nada tenia que temer del rey, de las cámaras ni de la municipalidad, entonces empezó á resentirse el poder de aquel jefe, pues la desconfianza y el temor debia tomar otro rumbo. Las negociaciones con el rey habian dado que murmurar, y solo contenía á los descontentos el temor de caer en manos de los presbiterianos. Este temor habia desaparecido con los enemigos; y sin embargo, en vez de consumir el triunfo de la causa, se continuaba viviendo en amistad con aquellos, y manteniendo relaciones con los delincuentes.

El primero de estos, el mas culpable de todos, aquel sobre cuya cabeza hacia tiempo que pedían los fieles la venganza pública, que hace poco habia desechado con loco orgullo proposiciones que tal vez no se debían haberle hecho, el rey, lejos de haber perdido nada con los últimos acontecimientos, se presentaba mas arrogante. Con consentimiento de los generales habia pasado á su castillo de Hamptoncourt, donde residía pomposamente. Se le reunieron sus antiguos consejeros Richmoud, Hertford, Capel y Southampton, como si debiese entrar en el ejercicio de su poder soberano.

El mismo Ormond, peligrosísimo jefe de los realistas de Irlanda que hace poco luchaba todavía con los parlamentarios, aquel Ormond que á duras penas habia consentido entregar la plaza de Dublin, acababa de ser recibido por todas las notabilidades del ejército con suma complacencia, veía libremente al rey, y meditaba sin duda con él alguna nueva insurrección en Irlanda. Al propio tiempo los mas activos confidentes de Carlos, Berkley, Ashburnham, Ford y Apsley, iban y venían sin cesar de la corte al cuartel general, y encontraban abiertas las casas de Cromwell y de Ireton, cuando otros muchos honrados partidarios no podían hablar con ellos. Estos á su vez, ora en persona, ora por medio de mensajeros, tenían continuas relaciones con el rey, y se les habia visto pasearse solos con él por el parque y encerrarse en su gabinete: hasta sus esposas habian sido recibidas honoríficamente por el monarca.

Tanta familiaridad era escandalosa; tantas conferencias preparaban sin duda una traición. Murmurábase ya entre los republicanos y los entusiastas y sobre todo entre los soldados. Lilburne, encerrado de orden de la cámara alta en la torre á causa de sus folletos, dirigió desde sus calabozos violentas quejas á Cromwell, terminando su carta de este modo: «Si despreciáis mis consejos, como habeis hecho hasta ahora, tened entendido que emplearé contra vos todo mi influjo, de manera que produciré en vuestra fortuna una variación que seguramente no os gustará.»

Muy poco caso hacia Cromwell de los consejos de Lilburne, y mucho menos de sus amenazas; mas no así cuando el descontento encontraba eco entre tantos hombres hasta entonces amigos suyos. Dispuesto á entregarse, hasta con temeridad si era preciso, á la intriga ó á la esperanza, sabia conocer los peligros y los obstáculos, atender á todas partes y obrar segun las circunstancias. Rogó á Berkley y á Ashburnham que pasasen á verle con menos frecuencia, y al rey que no tomase á mal verle proceder con mas reserva: «Si soy hombre honrado, dijo, bastante he hecho

para convencer de ello á V. M. ; sino no lo soy, nada podrá bastar en adelante para acreditar de tal.» Y al propio tiempo pasó á la torre, hizo una larga visita á Lilburne, habló con efusion de su celo por la causa comun ; insistió apasionadamente sobre el peligro de la menor desunion, le preguntó qué contaba hacer cuando se le pusiese en libertad, y al despedirse le prometió emplearse en la junta encargada de su causa para activarla.

No por esto se le puso en libertad ; aun mas : la junta, presidida por Henrique Martyn, no activó la sumaria, y las relaciones de Cromwell con S. M. prosiguieron pero mas reservadamente. Muy lejos estaba Cromwell de participar de la fanática presuncion de su partido, mas sin embargo sentíase devorado de ambicion y de incertidumbre : las combinaciones mas raras, las esperanzas mas opuestas torturaban su mente, y si bien á ninguna de ellas en particular queria entregarse decididamente, tampoco queria romper de un modo absoluto con ninguna. Parecíale dudosa la victoria de los republicanos, y quiméricos sus deseos entusiastas ; amenazaba su poder la indisciplina suspicaz y apasionada de los soldados ; su genio se indignaba del desórden al tiempo que lo fermentaba ; el nombre de rey era todavía un poder, su alianza un medio, y su restablecimiento una probabilidad : era esta la idea que seguia como otros muchos ; pero estando siempre dispuesto á abandonarla por otra mejor, es decir, tentando los caminos de la fortuna con ánimo de reservarse la eleccion del mejor. El rey por su parte, bien instruido del estado de los ánimos en las cámaras y en el ejército, daba nuevo aspecto á sus negociaciones. Dirigianse estas menos al partido que á sus jefes, y dejaban columbrar mas favores individuales que concesiones públicas. Ofreció á Ireton el mando de Irlanda ; á Cromwell el mando general de los ejércitos, el de la guardia real, y el título de conde de Essex : otras mercedes se habian indicado para sus principales amigos. Entre tanto dos prisioneros realistas en la torre informaban de todo á Lilburne, y le incitaban á aspirar á algun empleo, aprovechando la coyuntura. Si se aceptaba este partido se aseguraba el rey el apoyo de los jefes ; pero si llegaba á sospecharse seria grande el trastorno.

Seguramente que los dos generales no podian ignorar tales ideas, por cuanto el rey estaba rodeado de sus espías ; el coronel Whalley, que lo custodiaba con su regimiento, era primo y hechura de Cromwell, y sabia los menores incidentes de la vida del rey, sus paseos, sus conversaciones, las visitas y los manejos de sus consejeros, y las discreciones de

sus adictos : mas de una vez se quejó de que algunos rumores procedentes de Hamptoncourt lo desacreditaban. Ireton sobre todo se incomodó tanto al tener noticia de ello, que queria romper las negociaciones pues su carácter odiaba el disimulo. Pero á pesar de eso continuaron, y asi fue que la conducta de los generales pareció confirmar las sospechas de los soldados. A instancia de los escoceses, y para dar alguna satisfaccion al pueblo pacífico, habian decidido las cámaras que de nuevo se presentasen al rey las proposiciones de Newcastle : los condes de Lauderdale y de Lanerk, llegados poco antes de Hamptoncourt, le conjuraron de nuevo á que las aceptase y se uniese en fin á los presbiterianos, sinceros en el deseo de salvarle.

Inquietos por ello Ireton y Cromwell, modificaron protestas y promesas, aconsejándole que desechase las proposiciones, y que pidiera solo las del ejército como base mas benigna de negociacion, empeñándose ellos en sostener por todos medios su demanda. «Estamos resueltos, dijo Ireton, á espurgar una y mas veces la cámara hasta que se muestre propicia á V. M. ; por mi parte, antes de faltar á lo prometido al rey, me aliaría con los franceses, con los españoles, con los realistas, con cualquiera que me prestase auxilio.» Carlos siguió el consejo de los generales, y su respuesta escitó el mas violento debate en la cámara baja ; indignados los presbiterianos no querian mudar un ápice de sus proposiciones, y los entusiastas clamaban porque no se recibiesen ni presentasen otras. Cromwell é Ireton insistieron como habian prometido para que se atuviesen á la voluntad del rey y formasen un tratado sobre las condiciones ofrecidas por el ejército ; paso extraordinario, pero inútil, en razon de que se unieron contra tal parecer los presbiterianos y los entusiastas.

Este paso contribuyó á dar un aspecto amenazador á la desconfianza y al encono de los soldados ; en todos los campamentos se formaban reuniones tumultuosas ó secretas ; do quier resonaban las palabras de *ambicion, traicion é hipocresía*, unidas al nombre de Cromwell ; el odio comentaba los dichos que se escapaban á la ligereza de su lenguaje ; al hablar de la necesidad de poner un término á la persecucion de los caballeros habia dicho : «Ahora que está el rey en mi poder, tengo el parlamento en el bolsillo ;» y otro día : «Puesto que Hollis y Stapleton han ejercido tanta autoridad, no sé porque no he de poder gobernar tambien como ellos el reino.» A él finalmente y á sus intrigas se debia el que Lilburne permaneciera todavía preso. Este le denunció formalmente á los promovedores, enumerando todos los empleos de que él y los suyos se habian apo-

derado. Aquellos á su vez pidieron á las cámaras que se diera libertad al preso, y á Fairfax que hiciera lo mismo con cuatro soldados, arrestados solamente, segun ellos decian, por haber proferido algunas palabras contra el rey. Hasta se llegó á tratar de un asesinato contra Cromwell entre Lilburne, Wildman y algunos otros.

No tuvo lugar ninguna tentativa; pero ni el mismo consejo de los agentes ó promovedores pudo librarse de ser sospechoso á los soldados, por decirse que entre ellos tenia el teniente general soplones. Para ponerse á cubierto de ellos, muchos regimientos nombraron, bajo el título de *nuevos agentes*, otros mas seguros y se les dió el encargo de observar á los traidores y de servir á toda costa á la buena causa. Algunos oficiales superiores, y miembros de la cámara baja, Rainsborough, Ewers, Harrison, Roberto Lilburne, hermano del preso, y Scott, se declararon jefes de la insurreccion; y de este modo, una faccion violenta, separada igualmente de las cámaras que del consejo general de oficiales, empezó á proclamar sin rebozo sus máximas y sus planes.

No pudo Cromwell librarse de inquietudes: veia que estaba el ejército desunido; que los realistas y los presbiterianos atisbaban el momento para aprovechar sus discordias, y que él mismo era violentamente atacado por hombres que hasta entonces habian sido instrumentos suyos. De dia en dia se le hacian mas sospechosas las intenciones del rey: «Yo sigo mi juego, habia contestado Carlos á Ireton cuando instaba este para que se entregase á ellos sin recelo: lord Lauderdale y lord Lanerk continuaban siempre á su lado, prometiéndole el apoyo de un ejército escocés si aceptaba al fin su alianza. Decíase que las bases del tratado estaban convenidas, y que algunas tropas escocesas marchaban hácia la frontera. Por su parte los caballeros ingleses Capel, Langdale y Musgrave, preparaban por bajo mano una insurreccion. «Estad seguro, dijo el rey á Capel, que pronto estarán en guerra las dos naciones; los escoceses confian en el favor de todos los presbiterianos ingleses; apréstense pues todos nuestros amigos; de otro modo sea cual fuere el que ganare, siempre habremos perdido.»

Hacíase al propio tiempo crítica la situacion del ejército acantonado alrededor de Londres; la municipalidad no aprontaba las sumas necesarias, y los oficiales no sabian como gobernar unas tropas á las que podian no pagar. Por do quier circulaban los mas atrevidos folletos, revelando ya los designios de los soldados contra el rey, ya las negociaciones de este con los generales. En vano Fairfax habia reclamado y obtenido que se estableciese

una censura rigurosa; en vano Cromwell era en la municipalidad el intérprete de las necesidades del ejército; en vano habia desarrollado todos los recursos de la razon y de la astucia para persuadir á los fanáticos que les era forzoso contenerse si querian que los pagasen los moderados; en vano tambien habia logrado que entre los nuevos agentes de los soldados saliesen nombrados algunos de sus adictos: inútiles eran su esfuerzos, convirtiase contra él mismo su propia prudencia, pues si bien se habia procurado confidentes en todos los partidos, sin embargo, una fermentacion extraordinaria amenazaba burlar todos sus cálculos, y desconcertar todas sus maquinaciones: su habilidad no le habia servido solo para crearle nuevas dificultades y peligros.

En tal zozobra, uno de los confidentes que Cromwell tenia asalariados hasta en la cámara del mismo rey, le avisó que aquel dia salia del castillo una carta dirigida á la reina, y que contenia los verdaderos planes de Carlos relativos al ejército y sus jefes. Esta carta la debia llevar sin saberlo un hombre cosida en una silla, y á las diez la esperaba en Holborn otro hombre á caballo preparado para conducirla á Douvres, de donde pasaria á Francia. Cromwell é Ireton tomaron al instante su resolucion, y disfrazados de caballeros, y seguidos de un solo soldado, partieron de Windsor para el lugar señalado. A su llegada colocaron un soldado en emboscada y en el interin se sentaron en un gabinete bebiendo cerveza. A eso de las diez compareció el mensajero, salieron con espada en mano y se apoderaron de la silla, diciendo que tenian orden de registrarlo todo; la llevaron á su aposento, la descosieron encontrando la carta, volvieron á ponerla corriente, y la entregaron de nuevo al mensajero, diciéndole que era un buen muchacho y que podia continuar su camino.

El aviso era verdadero: Carlos escribia en efecto á la reina que dos facciones querian su alianza, que preferia al que mejores condiciones le ofreciese, y que este seria seguramente el partido de los presbiterianos: «Por lo demás, añadia, conozco bien mi situacion, permaneced tranquila acerca de las concesiones que puedo hacer; sé muy bien aprovechar la coyuntura, y sabré arreglar y dar la ley á esos pícaros: en vez de una banda de seda, he de darles una cuerda de cáñamo.» Miráronse atónitos los dos generales, y viendo de este modo plenamente confirmadas sus desconfianzas, partieron para Windsor, sin que vacilasen ya tocante á la conducta que debian seguir con el rey.

Era ya inútil tomarse la molestia de andar en vacilaciones: la cólera de los entusiastas estaba á punto de estallar, y el ejército iba á dar un sa-